



# EL UNIVERSO CONTRA ALEX WOODS



Una  
mezcla  
de  
J.D. Salinger,  
John Irving  
y Wes Anderson

«Tan divertida  
como sabia»  
The Observer



Gavin  
Extence



Seix Barral Biblioteca furtiva





---

# Gavin Extence

## El universo contra Alex Woods

Traducción del inglés por  
Mercedes Cebrián



## CAPIRE

Al final me pararon en Dover cuando trataba de volver al país. En parte me lo esperaba, pero aun así me asusté un poco al ver que la barrera no subía. Es curioso cómo algunas cosas pueden llegar a ser tan confusas. Después de haber llegado tan lejos, había empezado a pensar que, a pesar de todo, lograría hacer el trayecto completo hasta casa. Habría estado bien haber podido explicarle ciertas cosas a mi madre. Ya sabéis, antes de que nadie más se viera involucrado.

Era la una de la madrugada y estaba lloviendo. Hice rodar el coche del señor Peterson hasta la caseta por el carril de «Nada que declarar», donde sólo había un aduanero de guardia. Apoyaba todo el peso sobre los codos, se sujetaba la barbilla entre las manos ahuecadas y, salvo por este rudimentario andamiaje, su cuerpo al completo parecía a punto de desplomarse sobre el suelo como un saco de patatas. Era el turno de noche —mortalmente aburrido desde el atardecer hasta el alba— y, durante unos cuantos latidos, al aduanero pareció faltarle la fuerza de voluntad necesaria para hacer rotar los globos oculares y revisar mi documentación. Y entonces el momento de gloria se vino abajo. Al aduanero le cambió la cara y abrió mucho los ojos. Me hizo una seña para que esperase y habló por su *walkie-talkie*, rápidamente y con manifiesta agitación. En ese instante lo supe con abso-

---

luta seguridad. Más tarde descubrí que mi foto había circulado por los principales puertos desde Aberdeen hasta Plymouth. Entre eso y los llamamientos por televisión, no tenía ni la más remota posibilidad.

Lo siguiente que recuerdo está medio embarullado y resulta bastante extraño, pero trataré de describíroslo lo mejor que pueda.

La puerta lateral de la caseta oscilaba entreabierta, y en ese mismo momento me inundó el aroma de un campo plagado de lilas. Llegó así, sin más, de ninguna parte, y enseguida supe que me tenía que concentrar con muchísima fuerza para permanecer en el presente. En retrospectiva, se veía venir que algo así ocurriría. Debéis tener en cuenta que llevaba varios días sin dormir en condiciones y los Malos Hábitos de Sueño siempre han sido uno de mis puntos débiles, junto con el estrés.

Miré al frente y fijé la vista. La fijé en el limpiaparabrisas que se movía de atrás hacia delante y traté de contar las veces que tomaba aire, pero cuando llegué a cinco estaba bastante claro que aquello no era suficiente. Todo se volvía más lento y borroso. No me quedaba otra que subir el volumen de los altavoces al máximo. *El Mesías* de Haendel inundó el coche, con el coro del «Aleluya» tan alto que hizo vibrar el tubo de escape. No lo tenía planeado ni nada por el estilo. Quiero decir que, de haber tenido tiempo para prepararlo, habría elegido algo más calmado y silencioso: los nocturnos de Chopin o una de las suites para chelo de Bach, quizá; pero había estado enfrascado en la colección de música del señor Peterson desde Zúrich, y todo esto ocurrió en el preciso momento en que escuchaba justo esa sección de *El Mesías* de Haendel, como una broma del destino. Y, claro está, eso me hizo un flaco favor después: el agente de aduanas pasó un informe a la policía en el que dijo que durante un buen rato me resistí a la detención y que me limité a quedarme ahí sentado «mirando fijamente a la noche y escuchan-

---

do música religiosa a todo volumen, como si fuese el Ángel de la Muerte o algo así». Probablemente ya habréis oído antes estas palabras; salieron en todos los periódicos —ese tipo de detalles les ponen como una moto—, pero tenéis que entender que en ese momento no tenía elección. Desde mi visión periférica observaba al aduanero inclinado como un jorobado sobre mi ventana, con una chaqueta de color amarillo chillón, pero me obligué a ignorarlo. Me apuntó con la linterna a los ojos y eso también lo ignoré. Me limité a seguir mirando fijamente al frente y a centrarme en la música. Me servía de anclaje. Las lilas seguían allí, haciendo todo lo que podían para distraerme. Los Alpes comenzaban a entrometerse —recuerdos escarpados, gélidos, tan cortantes como agujas—; los integré en la melodía. Seguí diciendo para mis adentros que no había nada más que esa música, nada más que las cuerdas y los tambores y las trompetas, y todas esas innumerables voces entonando alabanzas a Dios. Si lo pienso ahora, debía de resultar bastante sospechoso, sentado ahí con los ojos vidriosos y la música tan alta como para resucitar a un muerto, como si tuviese a la Orquesta Sinfónica de Londres al completo tocando en el asiento de atrás. Pero ¿qué podía hacer? Cuando te sobreviene un aura tan poderosa, no hay posibilidad alguna de que se vaya por sí sola; si os soy sincero, hubo varios momentos en los que estuve al borde del precipicio. No me dieron convulsiones por un pelo.

Pero al poco rato la crisis amainó. Algo volvió a ponerse en marcha. Empecé a darme cuenta de que el haz de la linterna se había desplazado y ahora estaba congelado medio metro hacia mi izquierda, pero yo me sentía demasiado hecho polvo en ese instante como para averiguar el porqué. Entonces recordé que el señor Peterson seguía en el asiento del copiloto. No se me había ocurrido cambiarlo de sitio.

---

Pasaron unos segundos, y al final la luz de la linterna se acabó alejando. Conseguí girar la cabeza cuarenta y cinco grados y vi que el aduanero estaba hablando de nuevo por su *walkie-talkie*, claramente excitado. Entonces empezó a dar golpes en la ventanilla con la linterna y me hizo un gesto apremiándome para que la bajara. No recuerdo haber apretado el botón, pero sí que me acuerdo de la ráfaga de aire frío y húmedo que iba entrando a medida que bajaba el cristal. El aduanero masculló algo que no logré descifrar. Lo siguiente que supe fue que, a través de la ventanilla abierta, alcanzó a apagar la llave de contacto. El motor se paró y, un segundo después, el último aleluya murió en el aire de la noche. Pude oír el siseo de la lluvia contra el asfalto, apagándose poco a poco, como si la realidad se lo estuviera pensando. El agente de aduanas también hablaba, y agitaba los brazos con esos gestos raros e histéricos, pero mi cerebro aún no era capaz de decodificar nada de todo eso. Justo entonces apareció algo más, un pensamiento que se abrió paso torpemente hacia la luz. Me llevó una eternidad poner mis ideas en palabras, pero cuando al final lo conseguí, esto fue lo que dije: «Señor, tengo que decirle que ya no estoy en condiciones de seguir al volante. Me temo que tendrá que encontrar a alguien que mueva el coche en mi lugar.»

Por alguna razón, mis palabras parecieron asfixiarlo. Su cara empezó a sufrir una serie de extrañas contorsiones y entonces, durante un buen rato, se limitó a quedarse ahí de pie con la boca abierta. De haber sido yo el que se hubiera quedado ahí de pie con la boca abierta me habrían considerado un grosero, pero no creo que valga la pena ponerse puntilloso con estas cosas, de manera que me limité a esperar. Ya había dicho lo que necesitaba decir, cosa que me había llevado un esfuerzo considerable. Ahora no me importaba ser paciente.

Cuando se hubo aclarado las vías respiratorias, el aduanero me dijo que tenía que salir del coche y acompañarlo

---

inmediatamente pero, curiosamente, nada más decirlo me di cuenta de que aún no podía moverme. Tenía las manos completamente blancas, pegadas al volante, y no mostraban el menor signo de abandonar su asidero. Le pregunté si sería tan amable de esperar un minuto.

—Hijo —contestó el agente de aduanas—, necesito que vengas *ahora mismo*.

Le lancé una mirada al señor Peterson. Que me llamase «hijo» no era buena señal. Pensé que probablemente me había caído encima un Buen Montón de Mierda.

Despegué las manos.

Me las arreglé para salir del coche, me tambaleé un poco y me quedé unos segundos apoyado en un lateral. El aduanero intentó que me moviese, pero le dije que si no quería llevarme en brazos tendría que concederme un momento para recuperar el equilibrio. La llovizna me pinchaba la piel al descubierto del cuello y de la cara, y unas lagrimillas de lluvia comenzaban a salpicarme la ropa. Notaba que todas mis sensaciones se iban reagrupando. Le pregunté cuánto tiempo llevaba lloviendo. El aduanero me miró sin responder; su mirada mostraba que no estaba interesado en charlar conmigo.

Llegó un coche de policía y me llevó a una sala llamada Sala C de Interrogatorios en la comisaría de Dover, pero primero tuve que esperar en un pequeño módulo prefabricado situado en la zona principal del puerto. Me hicieron esperar un buen rato. Vi un montón de aduaneros distintos de la Autoridad Portuaria, pero ninguno llegó a hablar de verdad conmigo. Simplemente me daban instrucciones muy sencillas en pocas palabras, como «espera aquí» y «no te muevas», y me contaban lo que me pasaría después, como si fuesen el coro de una obra griega de teatro clásico. Y después de decirme algo, me preguntaban de inmediato si les había entendi-

---

do, como si fuese imbécil o algo así. Para ser sincero, quizá daba esa impresión, no lo sé. Aún no me había repuesto de mi ataque. Estaba cansado, mi coordinación estaba tocada y, en general, me sentía bastante confuso, como si me hubieran rellenado la cabeza con algodones. Además tenía sed, pero no quería preguntar si había una máquina expendedora cerca por si pensaban que estaba intentando pasarme de listo con ellos. Como probablemente sabréis, cuando ya estás metido en un lío, si haces una pregunta sencilla y legítima como ésa puedes acabar metiéndote en un lío todavía más gordo. No sé por qué. Es como si cruzaras esa línea invisible y de repente las personas ya no quisieran reconocer nunca más la existencia de cosas cotidianas como las máquinas expendedoras o la Coca Cola Light. Me imagino que algunas situaciones se supone que son tan graves que la gente no quiere trivializarlas con bebidas carbonatadas.

En cualquier caso, al final llegó un coche de la policía que me llevó a la Sala C de Interrogatorios, donde mi situación no mejoró ni un ápice. La Sala C de Interrogatorios no era mucho más ancha que un contenedor de basura y había sido diseñada teniendo en mente la menor comodidad posible. Las paredes y el suelo estaban desnudos, había una mesa rectangular con cuatro sillas de plástico y, muy arriba, en la pared de atrás, un ventanuco que no parecía que pudiera abrirse. Había un detector de humos y una cámara de videovigilancia en una esquina, cerca del techo, pero eso era todo en cuanto al mobiliario. Ni siquiera había un reloj.

Me habían dejado sentado y solo durante lo que me pareció muchísimo tiempo. Creo que quizá lo hicieran adrede, para hacerme sentir inquieto o incómodo, aunque en realidad no tengo razones fundadas para pensar eso. Es sólo una hipótesis. Por suerte, estoy muy contento en mi propia compañía y soy bastante experto en mantener la mente ocupada. Tengo cerca de un millón de ejercicios distintos para ayudarme a permanecer en calma y centrado.



---

Cuando estás cansado y necesitas mantenerte alerta, realmente tienes que hacer algo ingenioso para que tu mente siga funcionando. Así que comencé a conjugar los verbos irregulares del italiano en presente de indicativo y luego fui poco a poco abriéndome camino hacia tiempos más complicados. No los dije en voz alta por lo de la cámara de videovigilancia, sino que los recité en mi cabeza, cuidando el acento y la pronunciación. Estaba en *capisca*, la segunda persona informal del presente de subjuntivo de *capire* (entender), cuando se abrió la puerta y entraron dos policías. Uno era el que me había traído en coche desde el puerto; llevaba un portapapeles con algunos formularios. Al otro policía no lo había visto nunca. Los dos parecían estar cabreados.

—Buenos días, Alex —dijo el policía desconocido—. Soy el inspector jefe Hearse. Ya conoces al subinspector Cunningham.

—Sí —dije yo—. Hola.

No voy a perder el tiempo con una descripción detallada del inspector jefe Hearse ni del subinspector Cunningham. El señor Treadstone, mi antiguo profesor de lengua, solía decir que cuando estás escribiendo acerca de alguien no necesitas describir cada minucia sobre él o ella. En cambio, lo que tendrías que hacer es dar un solo detalle revelador para ayudar a que el lector se imagine al personaje. El inspector jefe Hearse tenía una verruga del tamaño de una moneda de cinco peniques en la mejilla derecha. El subinspector Cunningham tenía los zapatos más lustrosos que yo haya visto jamás.

Se sentaron uno enfrente del otro y me hicieron un gesto para que yo tomara asiento también. Ahí fue cuando me di cuenta de que me había levantado al entrar ellos en la sala. Ésa es una de las cosas que nos enseñaban en mi colegio, a levantarnos siempre que entrase un adulto en la sala. Se supone que es una muestra de respeto, digo yo, pero, pasado un tiempo, lo acabas haciendo sin pensar.

Me miraron durante un buen rato sin decir nada. Yo que-

ría apartar la vista, pero pensé que les parecería de mala educación, así que seguí devolviéndoles la mirada y esperé.

—Mira, Alex —dijo finalmente el inspector jefe Hearse—, a lo largo de la última semana, más o menos, has causado mucho revuelo. Te has hecho bastante famoso...

Desde el principio no me gustó cómo estaban yendo las cosas. No tenía ni idea de qué esperaba que dijese. Para algunas preguntas no existe una respuesta sensata, así que mantuve la boca cerrada. Luego me encogí de hombros, lo cual no fue la decisión más inteligente, pero es muy difícil no hacer nada en situaciones así.

El inspector jefe Hearse se rascó la verruga y dijo:

—¿Te das cuenta de que estás metido en un buen lío?

Bien podría ser una pregunta, quizá fuera una afirmación. Yo asentí de todas formas, por si acaso.

—¿Y sabes *por qué* estás metido en un lío?

—Sí, me lo imagino.

—¿Y entiendes que esto es grave?

—Sí.

El inspector jefe Hearse miró al subinspector Cunningham, que no había dicho nada todavía. Luego volvió a mirarme.

—¿Sabes, Alex?, algunas de tus acciones de esta última hora parecen sugerir otra cosa. Creo que si comprendieses la gravedad de este asunto te mostrarías mucho más preocupado de lo que aparentas. Déjame que te diga de que, si yo estuviera sentado donde tú estás ahora, creo que me mostraría mucho más preocupado de lo que tú aparentas.

Tendría que haber dicho «déjame que te diga que», sin la preposición «de». Me di cuenta porque ya tenía la explicación en la mente, pero no le corregí. A la gente no le gusta que le corrijan por cosas como ésa. Es uno de los comentarios que siempre me hacía el señor Peterson. En su opinión, corregir la gramática de la gente en medio de una conversación me hacía parecer un Gran Petardo.

—Dime, Alex —siguió el inspector jefe Hearse—, ¿estás

realmente preocupado? Pareces demasiado tranquilo, demasiado relajado, dadas las circunstancias.

—La verdad es que no puedo permitirme estresarme demasiado —dije—. No es muy bueno para mi salud.

El inspector jefe Hearse respiró hondo. Entonces miró al subinspector Cunningham y le hizo un gesto con la cabeza. El subinspector Cunningham le pasó un folio del portapapeles.

—Alex, hemos registrado tu coche. Coincidirás con nosotros en que hay ciertas cosas de las que deberíamos hablar.

Asentí. Podía pensar en una en particular. Pero entonces el inspector jefe Hearse me sorprendió: no me preguntó lo que pensaba que me iba a preguntar. En lugar de eso, me pidió que confirmara, sólo para que constase, mi nombre y apellido, y mi fecha de nacimiento. Eso me desconcertó durante un segundo más o menos. A fin de cuentas parecía una pérdida de tiempo; ellos ya sabían quién era yo, tenían mi pasaporte. No había razón alguna para no ir al grano pero, la verdad, no me quedaba otra que seguir con el juego al que estuvieran jugando ellos.

—Alexander Morgan Woods —dije—. Veintitrés del nueve de 1993.

No es que me encante mi nombre completo, la verdad, sobre todo la parte central, pero la mayoría de la gente me llama Alex, como hicieron los policías. Cuando te llamas Alexander, casi nadie se molesta en decir tu nombre completo. Ni siquiera mi madre se molesta. De hecho, ella le quita una sílaba más y me llama simplemente Lex, como Lex Luthor, y deberíais saber que me llamaba así mucho antes de que se me cayera el pelo. Después de aquello, creo que empezó a considerar que mi nombre era profético; antes le parecía simplemente cariñoso.

El inspector jefe Hearse frunció el ceño, miró al subinspector Cunningham de nuevo y asintió con la cabeza. Siguió haciéndolo, como si él fuese el mago y el subinspector Cunningham su asistente con toda la utilería.

---

El subinspector Cunningham sacó de detrás de su portapapeles una bolsa de plástico transparente que lanzó al centro de la mesa, donde aterrizó con un golpe sordo. Todo era extremadamente dramático, vaya si lo era. Y uno se daba cuenta de que *querían* que fuese dramático. La policía posee todo un repertorio de trucos psicológicos como ése. Probablemente lo sepáis, a nada que veáis la tele.

—Aproximadamente ciento trece gramos de marihuana —entonó el inspector jefe Hearse— hallados en la guantera de tu coche.

Voy a ser sincero con vosotros: se me había olvidado por completo lo de la marihuana. La cuestión es que ni siquiera había abierto la guantera desde Suiza. No había razón alguna para hacerlo. Pero intenta decirle algo así a la policía a eso de las dos de la madrugada, cuando te acaban de parar en la aduana.

—Es mucha hierba, Alex. ¿Es toda para consumo personal?

—No... —Cambié de opinión—: En realidad, sí; es decir, era para consumo personal, pero no para *mi* consumo personal.

El inspector jefe Hearse alzó las cejas desmesuradamente.

—¿Estás diciendo que estos ciento trece gramos de marihuana no son para ti?

—No. Eran para el señor Peterson.

—Ya veo —dijo el inspector jefe Hearse. Se volvió a rasgar la verruga y meneó la cabeza—. Deberías saber que también encontramos bastante dinero en tu coche. —Miró la hoja donde figuraba el inventario—. Seiscientos cuarenta y cinco francos suizos, ochenta y dos euros y, además, trescientas dieciocho libras esterlinas. Todo encontrado en un sobre dentro del compartimento lateral del conductor, junto a tu pasaporte. Es mucho dinero para que lo lleve encima un chico de diecisiete años, ¿no te parece?

No dije nada.

—Alex, esto es muy importante. ¿Qué era exactamente lo que planeabas hacer con estos ciento trece gramos de marihuana?

Pensé en ello durante un buen rato.

—No lo sé. No planeaba nada. Supongo que la habría tirado por ahí. O quizá la habría donado. No lo sé.

—¿Que la ibas a donar?

Me encogí de hombros. Pensé que habría sido un buen regalo para Ellie. Ella seguramente lo habría apreciado. Pero esto me lo callé.

—No tengo un interés personal en ella —afirmé—. Es decir, me lo pasé bien cultivándola, pero eso es todo. Sin duda, no me la habría quedado.

El subinspector Cunningham comenzó a toser muy fuerte. Era el primer sonido que salía de él y me hizo dar un respingo. Había llegado a creer que quizá era mudo o algo por el estilo.

—¿La cultivaste tú?

—La cultivé yo por indicación del señor Peterson —aclaré.

—Ya veo. La cultivaste y luego la donaste. Fue básicamente una acción benéfica.

—No; es decir, en primer lugar, nunca me perteneció. Era del señor Peterson, así que yo no estaba en la posición de donarla. Como he dicho, yo sólo la cultivé.

—Sí, la cultivaste pero ¿no tienes ningún interés *personal* en esa sustancia?

—Sólo un interés farmacológico.

El inspector jefe Hearse miró al subinspector Cunningham, luego tamborileó con los dedos sobre la mesa durante cerca de un minuto.

—Alex, te lo voy a preguntar una vez más —dijo—. ¿Tomas drogas? ¿Estás drogado ahora mismo?

—No.

—¿Has tomado drogas alguna vez?

—No.

—Bien. Entonces me tienes que aclarar una cosa. —El subinspector Cunningham le dio otro folio—. Hemos hablado con el caballero que te paró en la aduana. Dice que te comportaste de forma muy extraña, que cuando trató de detenerte te negaste a cooperar. De hecho, dice, y son palabras textuales: «El sospechoso subió el volumen de la música de su coche hasta tal punto que probablemente se podía oír desde Francia. Entonces continuó ignorándome durante varios minutos. Miraba fijamente al frente y tenía los ojos vidriosos. Cuando por fin conseguí que abandonase el vehículo, me dijo que no estaba en condiciones de seguir al volante.»

El inspector jefe Hearse dejó el folio sobre la mesa y me miró.

—¿Quieres explicarnos esto, Alex?

—Tengo epilepsia del lóbulo temporal —expliqué—. En ese momento estaba sufriendo un ataque parcial.

El inspector jefe Hearse arqueó de nuevo las cejas y frunció el ceño intensamente, como si aquello fuera lo último que quería oír.

—¿Tienes epilepsia?

—Sí.

—Nadie me ha dicho nada.

—La tengo desde los diez años. Empezó justo tras el accidente. —Me toqué la cicatriz—. Cuando tenía diez años, estaba...

El inspector jefe Hearse sacudió la cabeza, impaciente.

—Sí, ya sé lo de tu accidente. Todo el mundo sabe lo de tu accidente. Pero nadie me mencionó lo de la epilepsia.

Me encogí de hombros.

—Llevo casi dos años sin sufrir un ataque.

—Pero estás diciendo que hace un rato, en el coche, te ha dado un ataque.

—Sí. Por eso ya no estoy en condiciones de seguir al volante.

El inspector jefe Hearse se quedó un buen rato mirándome y meneó la cabeza.

—Como bien sabes, el señor Knowles nos hizo un informe bastante detallado y no mencionó ni una sola vez que sufrieras un ataque. Y creo que es el tipo de cosa que se mencionaría, ¿no te parece? El señor Knowles dijo que estabas sentado bien derecho y que no te mostrabas en absoluto agitado. Dijo que parecías incluso demasiado tranquilo, dadas las circunstancias.

El inspector jefe Hearse tenía fijación con eso de que yo estuviese demasiado tranquilo.

—Era un ataque parcial —dije—. No perdí la consciencia ni tampoco tuve convulsiones. Me las arreglé para detenerlo antes de que fuera a más.

—¿Y ésa es toda la explicación que puedes darme? —preguntó el inspector jefe Hearse—. Si te hago un análisis de sangre ahora mismo, ¿el resultado mostraría que estás limpio? ¿No has estado tomando drogas?

—Sólo carbamazepina.

—¿Y eso qué es?

—Es un antiepiléptico —respondí.

El inspector jefe Hearse parecía a punto de estallar. Pensaba que me estaba haciendo el gracioso. Me dijo que aunque estuviera diciéndole la verdad, aunque efectivamente tuviese epilepsia del lóbulo temporal y hubiera sufrido un ataque parcial complejo, ni siquiera eso era suficiente para explicar mi comportamiento, al menos no para él. Habían encontrado ciento trece gramos de marihuana en la guantera de mi coche y yo no me lo estaba tomando lo suficientemente en serio.

—No me parece que sea para tanto —admití—. Al menos, no desde una perspectiva amplia.

El inspector jefe Hearse estuvo unos diez minutos sacudiendo la cabeza y luego dijo que la posesión de estupefacientes con intención probable de tráfico ilícito era un asunto

---

to muy grave, y que si yo afirmaba lo contrario era o bien porque trataba de hacerme el gracioso, o bien porque era, sin duda alguna, el joven de diecisiete años más ingenuo que había conocido en su vida.

—No estoy siendo ingenuo —dije—. Usted piensa de un modo y yo pienso de otro. Es una diferencia de opinión genuina.

No hace falta que os diga que siguieron con el tema de las drogas durante siglos. Era una situación extraña en la que, cuanto más abierto y honrado me mostrara, más convencidos estarían ellos de que estaba mintiendo. Al final les dije que quería que me hicieran un análisis de sangre; me figuraba que podrían seguir discutiendo conmigo hasta el Día del Juicio Final, pero que con la ciencia no podrían discutir. Sin embargo, cuando iba a solicitar mi derecho a un análisis de sangre, ellos ya habían decidido pasar al siguiente punto en cualquier caso. El hecho es que aún nos quedaba un asunto por comentar. Debería haber sido lo primero de todo, pero, como ya he dicho, la policía puede ponerse muy dramática si creen que con ello obtendrán algún resultado.

—El último objeto del inventario... —comenzó el inspector jefe Hearse. Entonces apoyó los codos sobre la mesa y puso la cabeza entre las manos. Miró hacia abajo y no dijo nada durante un buen rato.

Esperé.

—El último objeto —comenzó de nuevo el inspector jefe Hearse— es una pequeña urna de plata hallada en el asiento del copiloto. Pesa aproximadamente cuatro kilos con ochocientos gramos.

Para ser sincero, no me queda claro por qué se molestaron en pesarla.

—Alex, tengo que hacerte una pregunta: el contenido de esa urna...

El inspector jefe Hearse me miró fijamente a los ojos sin decir nada más. Estaba clarísimo que no iba a preguntar



---

nada, a pesar de lo que había dicho, pero yo sabía cuál era la pregunta, obviamente. Y la verdad es que ya estaba harto de todos esos juegos psicológicos. Estaba cansado y sediento, así que no quería esperar a que el inspector jefe Hearse terminara su pregunta. Me limité a asentir con la cabeza y a contarle lo que quería saber.

—Sí —dije—. Ése era el señor Peterson.

Después de aquello, hubo cerca de un millón de preguntas más, como podréis imaginar. Obviamente, lo primero que quisieron saber fue qué había pasado exactamente a lo largo de la última semana, pero, si os digo la verdad, aún no estoy listo para hablar de eso. No creo que tenga mucho sentido, y en ese momento tenía menos sentido todavía. El inspector jefe Hearse me dijo que quería una «explicación pormenorizada, clara y concisa» de todas las circunstancias relevantes que habían conducido a mi detención en la aduana con ciento trece gramos de marihuana y los restos del señor Peterson, pero la suya era una causa perdida desde el minuto uno. A veces, cuando la gente te pide una explicación pormenorizada, sabes de sobra que en realidad eso es lo último que quieren. Lo que quieren de verdad es que les proporcionen un párrafo que confirme lo que ya creen saber y que se ajuste perfectamente a la casilla del formulario de la policía. Y eso nunca puede ser una explicación pormenorizada; las explicaciones pormenorizadas son mucho más liosas. No pueden transmitirse en cinco minutos, así, sin preparación. Tienes que darles el tiempo y el espacio necesarios para su desarrollo.

Por eso quiero comenzar de nuevo por el principio, desde donde la policía no me dejaba que empezase. Os voy a contar mi historia, la historia al completo, de la manera en que creo que debe ser contada. Y me temo que no va a ser breve.